

De Gerchunoff a Kosher Waters: cómo se legitimaron los judíos en la Argentina del crisol.

Cherjovsky, Iván.

Cita:

Cherjovsky, Iván (2017). *De Gerchunoff a Kosher Waters: cómo se legitimaron los judíos en la Argentina del crisol*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/380>

Mesa n° 71. Inmigración e ideologías: el bagaje inmaterial y la transformación de la sociedad argentina en el siglo XX.

Título: "De Gerchunoff a Kosher Waters: cómo se legitimaron los judíos en la Argentina"

Autor: Dr. Iván Cherjovsky

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Quilmes, Universidad Abierta Interamericana, Núcleo de Estudios Judíos del IDES.

PARA PUBLICAR EN ACTAS

1

En esta ponencia me interesa poner en discusión un proyecto propio, que se encuentra en curso, y que consiste en detectar y analizar una serie de estrategias puestas en práctica por el liderazgo judío de la Argentina entre 1910 y 2010, a fin de legitimar socialmente a sus representados. Esas estrategias conforman una política identitaria, en el sentido dado al término por el historiador norteamericano Ezra Mendelsohn en *On Modern Jewish Politics* (1993). En ese trabajo, Mendelsohn identifica tres tipos de políticas orientadas a resolver el problema de la continuidad identitaria judía en el mundo moderno y secular: el nacionalismo, la ortodoxia y el liberalismo; éste último, entendido como la posibilidad de convivencia en sociedades multiculturales, adoptando la nacionalidad del país sin por ello renunciar a la etnicidad. Las estrategias que revisaré en este trabajo se inscriben dentro de esa tercera línea.

El punto de partida del período elegido está dado por la consagración literaria de *Los gauchos judíos*, de A. Gerchunoff, al que he considerado como el primer dispositivo legitimante que logró notoria relevancia y aceptación por parte de la élite cultural

argentina. Aparecido desde 1908 como folletín en *La Nación*, y publicado en formato de libro para el Centenario, sus relatos breves acerca de la vida en una colonia entrerriana de la Jewish Colonization Association han sido interpretados por distintos investigadores como una apología de la nacionalización de los judíos de la Argentina por la vía del criollismo y del telurismo (Viñas, 1982; Senkman, 1983), ya que presentan a los inmigrantes que protagonizan las distintas tramas como argentinos electivos y como agricultores redimidos de los estigmas de la usura y de la trata de blancas.¹ La fecha de culminación del período analizado (2010) coincide con un evento menos estudiado hasta la fecha: la salida al aire del personaje televisivo Kasher Waters, interpretado por el cómico Diego Capusotto en la pantalla de la TV Pública argentina. Kasher Waters es una parodia, en versión judeo-ortodoxa, de Roger Waters, cantante y líder de la archiconocida banda de rock británica Pink Floyd. Lo curioso del caso es que se trata de una broma "blanca", que proyecta una mirada positiva sobre los judíos: lejos de parecer un *otro cultural* exótico, Kasher Waters baila y toca la guitarra eléctrica como cualquier rockero, habla y gesticula como un porteño y, de acuerdo con algunas de las letras de las canciones parodiadas, se muestra plenamente integrado a sus conciudadanos no judíos. En una palabra, el sketch deja entrever que, por debajo del traje negro, el sombrero y los aladares ortodoxos, existe un *auténtico* argentino. Ambos casos, el de *Los gauchos judíos* y el de Kasher Waters, permiten entrever que, en esos cien años, algo pasó con la identidad judía en la Argentina. Y es justamente eso lo que aquí entiendo como una legitimación.

Utilizo el concepto de legitimidad (o legitimación, lo que implica un proceso) para referirme a las necesidades de aceptación o reconocimiento (Taylor, 2009) que expresan las minorías asentadas en sociedades multiculturales, especialmente cuando éstas son de matriz asimilacionista.² En ese tipo de casos, la legitimación puede concebirse como una construcción efectuada de abajo hacia arriba, esto es, como una serie de prácticas y representaciones puestas en circulación por los subalternos para ser leídas por quienes determinan la cultura hegemónica o adscriben a ella. Por eso, los mensajes codificados

¹ No obstante, también existen otras interpretaciones que han leído la obra como una reafirmación de la etnicidad judía y como una suerte de oda al multiculturalismo, como por ejemplo Edna Aizemberg (2000), Perla Sneh (2007 y 2010) y James Hussar (2008 y 2011).

² De acuerdo con la teoría weberiana, la legitimidad es un elemento clave en la relación de dominación que ejerce el estado sobre los subordinados, en tanto implica la aceptación de sus designios a partir de tres tipos de justificaciones: las basadas en la tradición, en el carisma del líder o en la legalidad de los actos (Weber, 1946).

deben dar cuenta de la aceptación de los valores y símbolos oficiales y, al mismo tiempo, refrendar la identidad minoritaria (Bodnar, 1992).

En el caso concreto que planteo, preguntarse cuáles fueron las estrategias legitimantes puestas en juego por el liderazgo judío lleva implícita la hipótesis de que los sujetos a los que éste representaba no obtuvieron su condición de argentinos-no-católicos legítimos pasivamente, esperando el dictamen favorable de las elites o aguardando el advenimiento del paradigma multiculturalista, arribado al país durante la reapertura democrática. Ni que la legitimación se materializó por sí sola, con el simple paso del tiempo, es decir, por el mero hecho de que las nuevas generaciones hubieran nacido y se hubieran educado en el país, consintieran los matrimonios exogámicos, cohabitaran en forma integrada con otros grupos subalternos o ejercieran la buena vecindad en los barrios, en el trabajo y en la escuela.

Obtener el reconocimiento social en la Argentina del crisol de razas implicaba también despejar toda duda respecto de la pertenencia nacional de los judíos, mostrarlos como sujetos productivos y presentar sus diferencias religiosas y culturales como algo anecdótico o folclórico, que no produciría interferencias con los valores dominantes en la sociedad mayoritaria. Quizá por ello, las evidencias históricas muestran que la legitimación ha requerido de la participación activa, organizada y consensuada de líderes comunitarios, artistas e intelectuales, quienes apuntalaron su construcción en un plano simbólico al poner en práctica las siguientes estrategias:

- 1- La creación de una memoria colectiva judeo-argentina basada en la experiencia de los colonos agrícolas arribados entre 1889 y 1950, mayoritariamente como parte del proyecto de la JCA.
- 2- La postulación de la preexistencia judía, es decir, un discurso que plantea que los judíos llegaron al territorio nacional previamente a la conformación política de la Argentina, durante la era colonial.
- 3- La difusión de los aportes judíos al progreso del país, sea que éstos se midan en empresas, bienes exportables o personalidades del mundo de la ciencia, el arte, el deporte y la cultura.
- 4- La exacerbación del patriotismo nacionalista, plasmada sobre todo en ocasión de las efemérides nacionales más importantes.

5- La mirada benigna acerca de personajes judíos que difundió la cultura de masas, sea porque se los presentaba como sujetos integrados a la esencia del ser nacional, o bien porque transmitían valores positivos, que los hacían admirables.

Más adelante me extenderé respecto de estas estrategias que he detectado. Antes, procederé a justificar mi hipótesis acerca de las necesidades de legitimación.

2

Afirmar que, al menos hasta la llegada del paradigma multiculturalista, la presencia judía era o había sido cuestionada y, sobre todo, sopesar en qué medida, resulta complejo. Especialmente si se tiene en cuenta que la Libertad de Cultos había sido promulgada en la Constitución Nacional de 1853, que la invitación a los judíos a inmigrar al país fue extendida mediante un decreto presidencial firmado por Julio A. Roca en 1881, que la Ley de Educación Común 1420, de 1884, preveía la educación laica, que en la década de 1860 el Estado reconoció oficialmente al primer rabino, que durante el período analizado la Argentina ha albergado a la colectividad judía más numerosa de Latinoamérica y, sobre todo, que desde mediados del siglo XX sus miembros se han integrado en casi todas las esferas de la vida social y profesional sin mayores obstáculos, llegando a posiciones importantes en la cultura, la política, el deporte y el empresariado.

No obstante, ciertas prácticas y representaciones sindicaban a los judíos como una parte indeseable del crisol de razas, ya sea por considerarlos un grupo distante culturalmente de la esencia del 'ser nacional' (uno de cuyos componentes fue, hasta décadas recientes, el catolicismo), o bien por el hecho de profesar la así llamada doble pertenencia (dado que el sionismo, aun cuando no todos los judíos adscribieran a él, fue un componente esencial de la etnicidad, que a partir de la creación del Estado de Israel dominó las principales instituciones judías del país).

La literatura académica referida a la historia de los judíos en la Argentina muestra que, durante el transcurso de diferentes coyunturas, los judíos han recibido tanto muestras de aceptación como de rechazo por parte de diferentes sectores de la sociedad. Según la interpretación de Leonardo Senkman (2007), durante la era liberal, y al menos hasta la época del Centenario, la colectividad vivió una suerte de *belle époque* en la que primaba

la idea iluminista de la ciudadanía por sobre el ideario romántico de la nacionalidad. Aunque el planteo de Senkman se verifica en numerosos casos, también es cierto que en aquéllos años hubo algunos síntomas de rechazo. Por ejemplo, cuando el flujo de judíos arribados comenzó a masificarse, la novela *La bolsa* (1891), de José María Miró (publicada bajo el seudónimo de Julián Martel) instaló en el imaginario local el mito de la presunta conspiración judía mundial que buscaba dominar el mundo mediante la banca y las finanzas. Lejos de pasar desapercibido, el libro se convirtió en un clásico de la literatura nacional del XIX. Además, no obstante el decreto emitido por Roca, otros agentes estatales ubicados en puestos clave, como el comisario de inmigración Juan Alsina, se mostraban refractarios a recibir judíos por considerarlos "indeseables" e "inasimilables".

Pasada la edad dorada, los dos momentos más complejos se vincularon con la identificación de los judíos con la izquierda y con el marxismo. En 1919, durante la represión obrera conocida como la Semana Trágica, la policía salió a la caza de judíos "maximalistas" (es decir, comunistas) organizando un pogromo que dejó muertos, heridos y torturados, así como viviendas y comercios destrozados en el barrio del Once. Más tarde, a lo largo de la década del treinta, las publicaciones de grupos nacionalistas y filo-nazis, algunas de las cuales recibían los beneficios de la publicidad estatal, alentaron abiertamente el antisemitismo de sus lectores al señalar a los judíos como apátridas y agentes del imperialismo, sea norteamericano, soviético o sionista. Durante aquéllos años, los judíos comenzaron a ser rechazados en algunos clubes, e incluso hubo algunos profesores desafectados de las universidades. Además, el gobierno clausuró momentáneamente algunas escuelas judías de orientación comunista alegando problemas de higiene. Tendiendo un puente con *La bolsa*, una de las novelas más vendidas en el país durante los años treinta del siglo XX fue la saga *El Kahal-Oro* (1935), de Hugo Wast (seudónimo de Gustavo Martínez Zuviría), que volvía a reflotar el mito conspirativo de la dominación mundial. Para responder a esa coyuntura problemática, en 1935 las instituciones comunitarias judías dieron vida a la Delegación de Asociaciones Israelitas de la Argentina (DAIA), que desde entonces se transformó en la representante política natural de los judíos ante el Estado a la hora de reclamar por sus derechos cívicos o de denunciar actos antisemitas.

Durante el primer peronismo, tal como ha mostrado el historiador Raanan Rein, la colectividad vivió una época de apertura. Más allá de la presunta permisividad respecto

del ingreso de importantes criminales nazis, así como de la negativa del peronismo a recibir inmigrantes judíos y sobrevivientes del Holocausto durante el Primer Plan Quinquenal, que formulaba explícitamente su predilección por los inmigrantes de origen latino, en la primera presidencia de Perón (1946-1952) los ciudadanos judíos comenzaron a ser incluidos e interpelados en el discurso público de un jefe de Estado por primera vez en la historia nacional. Aunque gran parte de la colectividad adscribía al radicalismo (el partido de masas rival de Perón), e incluso muchos judíos eran antiperonistas, el presidente mostró varios signos de acercamiento, entre los que se destacan las saluciones públicas por las festividades religiosas, el reconocimiento de Israel como una nueva nación en 1948 (aunque en la votación por la partición de Palestina de 1947, en la ONU, la Argentina se había abstenido), el inicio de relaciones diplomáticas y comerciales con dicho país, la expulsión del gobierno de funcionarios antisemitas pertenecientes a la Alianza Libertadora Nacionalista y los vínculos personales del líder con los dirigentes de la Organización Israelita Argentina (OIA), una institución que representaba a los judíos peronistas. Perón incluso cultivó una larga amistad personal con Luis Elías Sojit, un relator radial de deportes de gran popularidad y de reconocido origen judío. Además, cuando la CGT peronista expropió el diario *La Prensa*, el poeta César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin) fue nombrado director del suplemento cultural. De acuerdo con Rein, Perón quería atraer a todos los grupos de la sociedad civil hacia su movimiento, sin importar a qué cultura pertenecieran ni qué religión profesaran; además, veía en su acercamiento a los judíos una forma de quitarse la etiqueta de nazi que querían imponerle en la posguerra desde los Estados Unidos (Rein, 2007).

En los años sesenta, una nueva coyuntura puso en tela de juicio la argentinidad de los judíos, desatando una oleada de atentados organizados por grupos ultranacionalistas ante las noticias de la captura del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, secuestrado en suelo argentino por un comando del servicio secreto israelí en mayo de 1960. Luego del secuestro, Eichmann fue juzgado y ejecutado en Israel, lo que originó un conflicto diplomático entre la Argentina y el Estado Judío, ya que se trataba de un ciudadano argentino (supuestamente) legal. En consecuencia, el Movimiento Nacionalista Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista se lanzaron a cometer atentados de diverso tenor, desde agresiones a sinagogas y a sedes institucionales con bombas de alquitrán hasta resonantes casos policiales, como el de la joven Graciela Sirota, secuestrada y torturada

en 1962, y el asesinato a sangre fría del estudiante Raúl Alterman, ocurrido en la puerta de su casa en 1964.

La última coyuntura fuertemente marcada por el antisemitismo tuvo al gobierno de facto como protagonista. Durante la última dictadura militar, aproximadamente un diez por ciento de los detenidos-desaparecidos registrados por la CONADEP fueron ciudadanos de origen judío, lo que implica una sobrerrepresentación de diez a uno, ya que en esos años la comunidad judía de la Argentina conformaba aproximadamente el uno por ciento de la población total del país. Además, numerosos testimonios han dado cuenta de la excesiva saña que mostraban los militares al torturar a detenidos judíos, tal como quedó explicitado, por ejemplo, en *Preso sin nombre, celda sin número*, de Jacobo Timerman.

Más allá de esas coyunturas particulares, esa actitud dual de parte del Estado y de la sociedad argentina, que oscilaba entre la aceptación y el rechazo, quedó reflejada en los títulos de dos importantes trabajos de investigación académica sobre los judíos en la Argentina: *Integración y marginalidad. Historias de vidas de inmigrantes judíos en la argentina* (1985), y *Marginados y consagrados. Nuevos estudios sobre la vida judía en la argentina* (2011). Lo mismo que en *Pertenencia y alteridad: judíos en/de América Latina. Cuarenta años de cambios* (2011), aunque este último trabajo se refiere a los judíos en todo el sub-continente.

Sea por meros prejuicios antisemitas sedimentados en el período inquisitorial, o bien por considerarlos un colectivo inasimilable, los judíos fueron uno de los grupos migratorios más resistidos entre los llegados en la era aluvial, según el término acuñado por J. L. Romero (Senkman, 1983b; Lvovich, 2003; Senkman y Schnaider, 2005; Avni, 2005).

3

Volvamos a las cinco estrategias que mencioné en el punto 1. La primera de ellas consiste en la creación de una memoria colectiva judeo-argentina basada en la experiencia de los colonos agrícolas arribados entre 1889 y 1950. Ese ha sido el tema que desarrollé en mi tesis de doctorado (FFyL, UBA, 2014), publicada en 2017 como *Recuerdos de Moisés Ville. La colonización agrícola en la memoria colectiva judeo-*

argentina (1910-2010) (UAI-Teseo). Nótese que el período de ese trabajo es el mismo que propongo ahora, de lo que se deduce que este nuevo proyecto es una continuación y una expansión de aquél. En esa tesis, planteo que la elaboración de una memoria de base campesina o rural resultó funcional a la legitimación de los judíos al mostrarlos como sujetos productivos (es decir, alejados de la usura y del comercio minorista) y como argentinos electivos, mimetizados con la figura del gaucho y partícipes del proyecto de la "Argentina granero del mundo". Apoyadas en elementos reales, pero muchas veces distorsionados y presentados en forma grandilocuente, las representaciones legitimantes se volcaron en numerosos *lieux de mémoire*, que incluyen literatura, cine, conmemoraciones públicas, libros conmemorativos, monumentos, etc. Además, la mitología ruralista sirvió como un contrapeso perfecto para otras representaciones menos favorables, que también tenían un anclaje en hechos verídicos: la trata de blancas por parte de proxenetas judíos y el activismo sionista de una parte numerosa de la colectividad.

El segundo mecanismo legitimante que he encontrado consiste en la postulación de la preexistencia judía, es decir, un discurso que plantea que los judíos llegaron al territorio nacional previamente a la conformación de la Argentina, durante la era colonial o incluso mucho antes, ya que una de las hipótesis esbozadas plantea que los aborígenes precolombinos provenían de una de las tribus perdidas de Israel. En general, el mecanismo consistió en rastrear los *posibles* antecedentes marranos o criptojudíos de algunas familias patricias, como por ejemplo los Pueyrredon, quienes aparentemente descendían de un hombre acusado por la Inquisición de profesar el judaísmo a mediados del siglo XVII. Partiendo de datos fragmentarios, algunos historiadores "de la casa" no han vacilado en proponer que las más ilustres familias de la aristocracia porteña del mil ochocientos eran portadoras de sangre judía, más allá de que sus integrantes hubieran sido católicos practicantes y de que algunos hasta manifestaran prejuicios antisemitas. Entre las figuras centrales de la historia argentina que habrían tenido sangre judía se encuentran Rivadavia, Sarmiento, Rosas, Alvear y Urquiza, además de José Hernández, el premio Nobel de Química Federico Leloir y el escritor Jorge Luis Borges. En el caso de Borges, fue el mismo autor quien manifestó públicamente que sospechaba tener antepasados judíos por parte de su abuela materna. Pero fueron los emprendedores culturales judíos quienes se ocuparon de difundir la noticia.

El tercer mecanismo es la difusión de los aportes judíos al progreso del país, sea que éstos se midan en empresas, bienes exportables o personalidades del mundo de la ciencia, el arte, el deporte y la cultura. En este sentido, son varios los libros conmemorativos que refrendan esos tributos, al contabilizar puntillosamente las toneladas de productos agrícolas y ganaderos obtenidos por los colonos judíos. También, otras publicaciones compilan listados de judíos famosos o destacados, de quienes se suele incluir una foto y una biografía breve, donde se destacan sus méritos y aportes a la nación. A veces, en el afán de encontrar judíos famosos por doquier, los emprendedores de la memoria oficial han judaizado *de prepo* a algunas personalidades vivas, sin duda, de forma inconsulta. Tal es el caso del músico David Lebón, de destacada trayectoria en el rock vernáculo (integró Pappo's Blues, Pescado Rabioso y Serú Girán). Aunque Charly García -quien lo apodó "el ruso" debido a su nombre de pila- solía bromear desde el escenario diciéndole, con un teléfono en la mano, que tenía una llamada desde Tel Aviv, Lebón no es judío, lo que muestra el escaso interés de los difusores de mitos por chequear sus datos.

Un cuarto mecanismo legitimante puede hallarse en la exacerbación del patriotismo nacionalista, plasmada sobre todo en ocasión de las efemérides nacionales más importantes. En este sentido, he explorado dos acontecimientos precisos: la inauguración de un importante busto en homenaje a San Martín durante el cincuentenario de la colonia Moisés Ville y la sobreactuación de las instituciones judías durante el centenario del prócer (1950), cuando la colectividad aprovechó con creces la oportunidad para mostrar su adhesión al máximo símbolo argentino realizando múltiples homenajes, que incluyeron el lanzamiento de un libro titulado *San Martín y los principios morales del judaísmo*, realizado por la DAIA. Aunque no puedo extenderme demasiado al respecto en este momento, pueden consultarse como referencia mis propios trabajos sobre el tema (2014 y 2017b).

El quinto mecanismo es la mirada benigna acerca de personajes judíos que difundió la cultura de masas, sea porque se los presenta como sujetos integrados a la sociedad y cercanos a la esencia del ser nacional, o bien porque transmiten valores positivos, que los hacen admirables. En este caso, resulta bien notoria la progresión, que parte de estereotipos sumamente negativos, como ocurre en la película clásica *Pelota de trapo* (Leopoldo Torres Ríos, 1948), para arribar a personajes integrados, como el Kasher Waters de Capusotto. Es cierto que resulta complejo proponer que, detrás de los

productos masivos que vehiculizan personajes judíos de ficción hay una estrategia consensuada o un plan elaborado por dirigentes e intelectuales, quienes habrían actuado mancomunadamente con los artistas. No obstante, en algunos casos es posible entrever cierta direccionalidad a la hora de armar los guiones. Por ejemplo, el programa Titanes en el Ring, un clásico de la TV local emitido durante los años sesenta, setenta y ochenta, mostraba un mosaico de identidades, ya que muchos de los personajes (todos ellos, luchadores de catch) estaban contruidos en torno de distintas nacionalidades. Uno de esos titanes era "Tenenbaum, el israelí", enrolado en el bando de los *buenos* (grupo liderado por "el Armenio" Martín Karadagián), cuyo atuendo incluía una estrella de David. El rival de Tenenbaum era el árabe Tufi Memé, que militaba del lado de los *malos*. Esa polarización Israelí/bueno-árabe/malo se aprecia en las letras de las canciones que representaban a ambos personajes, que sonaban mientras ellos caminaban hacia el ring. Curiosamente (aunque no tanto) la productora de Titanes en el Ring era la célebre Blackie, nacida como Paloma Efrón en una colonia judía entrerriana e hija de Iedidio Efrón, célebre director de la red escolar de la JCA en la Argentina. La identidad judía de Blackie, quien además fue conductora de radio y TV, e incluso grabó varios discos cantando en ídish, era de público conocimiento. Otros ejemplos bastante jugosos, que muestran esas miradas benevolentes e integradoras sobre los judíos, pueden hallarse también en películas muy taquilleras, como las de los comediantes Alberto Olmedo y Jorge Porcel que fueron pergeñadas por la pluma de los hermanos Sofovich.

4

Para finalizar, quisiera dejar en claro que esta ponencia sólo se propone plantear el tema expuesto durante el proceso de una investigación aun inconclusa, justificando el período elegido y esbozando apenas un posible marco teórico. De ahora en más, resta seguir colectando y analizando los numerosos casos que deberán refrendar empíricamente las ideas aquí volcadas.

Bibliografía citada

Aizenberg, Edna (2000) *Parricide on the pampa?: a new study and translation of Alberto Gerchunoff's Los gauchos judíos*, Iberoamericana.

- Avni, Haim (2005) *Argentina y las migraciones judías*. Milá, Buenos Aires.
- Bodnar, John (1992) *Remaking America. Public memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*. Princeton University Press, New Jersey.
- Cherjovsky, Iván (2014) "Memoria pública e identidad étnica en el mundo rural de la Argentina. Conmemoraciones locales y fiestas de inmigrantes europeos, 1920-1940", artículo en co-autoría con María Bjerg, revista Estudios Migratorios Latinoamericanos, nº 76, julio-diciembre de 2014, PP. 3-26.
- (2017) *Recuerdos de Moisés Ville. La colonización agrícola en la memoria colectiva judeo-argentina (1910-2010)*. UAI-Teseo, Buenos Aires.
- (2017b) "San Martín tenía un amigo judío: las minorías en la Argentina y el problema de la legitimidad", en Bjerg y Cherjovsky compiladores *Identidades, Memorias y Poder Cultural en la Argentina desde 1880 al Siglo XXI*, Unidad de Publicaciones del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes, Serie Encuentros, en prensa.
- Hussar, James A. (2008) *Cycling Through the Pampas: Fictionalized Accounts of Jewish Agricultural Colonization in Argentina and Brazil*, tesis doctoral, University of Notre Dame.
- (2011) "Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff en su Centenario". *The Free Library*, revista electrónica (September, 1)
- Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires.
- Mendelsohn, Ezra (1993) *On Modern Jewish Politics*. Oxford University Press, USA.
- Rein, Raanan (2007) *Argentina, Israel y los Judíos*. Lumiere, Buenos Aires.
- Senkman, Leonardo (1983) *La identidad judía en la literatura argentina*. Buenos Aires, Pades.
- (1989) *El antisemitismo en la Argentina*, 3 volúmenes. CEAL, Buenos Aires.
- (2007) "Ser judío en la Argentina: las transformaciones de la identidad nacional", en *Identidades judías, modernidad y globalización* (Mendes-Floehr,

Paul; Assis, Yom Tov; Senkman, Leonardo, compiladores). Lilmod, Buenos Aires.

Senkman, Leonardo y Sznajder, Mario (1995, compiladores) *El legado del autoritarismo*. Grupo Editor Latinoamericano.

Sneh, Perla (2007) "Alberto Gerchunoff, entre el nombre y el pronombre", prólogo a la edición de *Los gauchos judíos/El hombre que habló en La Sorbona*. Colihue y Biblioteca Nacional, colección Los Raros.

(2010) "Alberto Gerchunoff, una lectura bicentenario". *Convergencia* N° 40.

Taylor, Charles (2009) *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Fondo De Cultura Económica, USA.

Viñas, David (1982) *Literatura argentina y realidad política*. CEAL, Buenos Aires.

Weber, Max (1946). "Politics as a vocation". En H.H. Gerth y C. Wright Mills (traductores y editores) *From Max Weber: Essays in Sociology*. New York: Oxford University Press.